

—¿Quién es ese muchacho de cabellos rubios, de ojos encendidos, que viste un traje de capricho?

—Silencio, por favor; ojos encendidos, traje de capricho... Chitón, chitón... es el honorable Wilmot-Bacasse, gran familia los Becasses.

—Sir Tomás Clubber, lady Clubber y miss Clubber, —gritó con voz estentórea el hombre que anunciaba.

Una profunda sensación reinó en toda la sala á la entrada del enorme caballero, con traje azul, botones brillantes. Le acompañaban una enorme señora, vestida de satín azul, y dos jóvenes cortadas por el mismo patrón y vestidas con trajes elegantes del mismo color.

—Comisario regio, jefe de marina, grande hombre, notablemente grande, —dijo en voz baja el desconocido á Mr. Tupman, mientras los del baile llevaban á la familia de Clubber al más lejano extremo de la sala.

El honorable Wilmot-Bacasse y los demás que cargaban condecoraciones, se apresuraron á presentar sus cumplimientos á la señorita Clubber, y sir Tomás Clubber, derecho como una I, contemplaba majestuosamente la reunión desde lo alto de su corbata negra.

Mr. Smilke, lady Smilke y las señoritas Smilke fueron anunciadas inmediatamente después.

—¿Quién es este Smilkie? —preguntó Mr. Tupman.

—Algún oficial de marina, —respondió el desconocido.

Mr. Smilkie se inclinó con deferencia delante de sir Tomás Clubber, y sir Tomás Clubber le devolvió el saludo con notable condescendencia. Lady Clubber examinó al través de sus lentes á Smilkie y á su familia; y á su vez lady Smilkie miró de arriba abajo á mister No sé qué, cuyo esposo no pertenecía á la marina.

—¡Coronel Bulder, mistress Bulder y miss Bulder!

—Jefe de la guarnición, —dijo el desconocido, contestando á una mirada interrogativa de mister Tupman.

Miss Bulder fué calurosamente acogida por las miss Clubber. Los saludos entre mistress Bulder y lady Clubber fueron muy afectuosos. El coronel Bulder y sir Tomás se ofrecieron mutuamente un polvo de tabaco, y entrambos miraron alrededor de sí, como Alejandro Selkirk, monarca de todo lo que le rodeaba.

Mientras la aristocracia del pueblo, los Bulder, los Clubber y los Bacasse conservaban así su dignidad en el extremo de la sala, las otras clases de la sociedad les imitaban en el extremo opuesto tanto como les era posible. Los oficiales menos aristocráticos del 97 regimiento alternaban con las familias menos importantes de la marina. Las mujeres de los abogados y la mujer del comerciante de vinos estaban á la cabeza de una facción. Mistress Tomlison, directora de las oficinas de co-

reos, parecía haber sido elegida por asentimiento universal para dirigir la fracción comerciante.

Uno de los personajes más populares en su círculo era un hombre alto, grueso, cuyo cráneo calvo estaba adornado circularmente por una corona de cabellos negros y rígidos. Era el doctor Slammer, cirujano del 97 regimiento. El doctor Slammer tomaba tabaco en la caja de todo el mundo, reía, bailaba, bromeaba, jugaba al whist, estaba en todas partes, lo hacía todo. A estas ocupaciones, ya muy numerosas, unía el doctor otra más importante aún. Dirigía las más afectuosas é infatigables atenciones á una viuda vieja, cuyo tocado y numerosas alhajas anunciaban una fortuna, que constituía un partido muy apetecible para un hombre de poca renta.

Los ojos de Mr. Tupman y de su compañero se fijaban hacía un rato en el doctor y en la viuda, cuando el desconocido rompió el silencio:

—Un montón de dinero, mujer vieja, el doctor la enamora, ¡buena idea! ¡excelente carga!

Mientras estas obscuras sentencias salían de la boca del desconocido, Mr. Tupman le miraba con aire interrogativo.

—Voy á bailar con la viuda.

—¿Quién es?

—No sé... jamás la he visto... suplantar al doctor... adelante, en marcha.

Concluyendo estas palabras, el desconocido atravesó la sala, se apoyó en una chimenea y clavó su mirada con aire de admiración respetuosa y melancólica sobre la voluminosa cara de la vieja. Mr. Tupman le contemplaba mudo de asombro. El desconocido hacía evidentemente rápidos progresos. El doctor bailaba con otra dama. La viuda dejó caer su abanico. El desconocido lo recogió, devolviéndoselo con solicitud. Mediaron una sonrisa, un saludo, una reverencia, algunas palabras. El desconocido volvió á atravesar orgulloso la sala para buscar al bastonero, volvió junto á la viuda, y después de algunas palabras de pantomima, á guisa de introducción, tomó la mano de su conquista y entró con ella en un rigodón.

Grande fué la sorpresa de mister Tupman al ver este proceder; pero la admiración del pequeño doctor parecía aún más grande. El desconocido era joven; la viuda parecía orgullosa. No se cuidaba ya de las atenciones del doctor, y la indignación de éste no hacía impresión ninguna sobre su imperturbable rival. El doctor Slammer estaba paralizado. El, el doctor Slammer, cirujano del 97 regimiento, ¡verse aniquilado en un momento por un hombre que nadie había visto, que nadie conocía!

¡El doctor Slammer, cirujano del 97 regimiento!... ¡eso no podía ser!

Y sin embargo, así era. El desconocido presentó á su amigo. El doctor no creía lo que estaba viendo. Miró de nuevo, y se vió en la penosa necesidad de reconocer la exactitud de sus nervios ópticos.

Mistress Mulder bailaba con Mr. Tupman: no era posible engañarse. La viuda estaba delante de él en carne y hueso, dando vueltas con un vigor inusitado. Allí estaban también Mr. Tupman saltando de derecha á izquierda, con mucha gravedad, y danzando (lo cual sucede á muchas personas), como si la contradanza fuera una prueba solemne, y fuera preciso, para salir bien, armarse moralmente de una inflexible resolución.

Silenciosa y pacientemente soportó el doctor todo esto. Vió al desconocido ofrecer vino caliente, traer vasos y precipitarse sobre los vizcochos. Vió cambiar mil coqueterías, y no dijo nada; pero algunos minutos después de haber desaparecido el desconocido con mistress Bulder, para conducirla al coche, se lanzó el doctor fuera de la sala, y cada partícula de su cólera, tanto tiempo contenida, parecía escapar de su cara en un arroyo de sudor.

El desconocido volvió, habló en voz baja á Mr. Tupman; reía, estaba radiante, había triunfado. El pequeño doctor tenía sed de su vida.

—Caballero, — dijo con voz terrible, — mostrando su tarjeta y retirándose á un ángulo del pasillo; — mi nombre es Slammer, el doctor Slammer, caballero, cirujano del 97 regimiento, cuartel de Chatam. He aquí mi tarjeta, caballero, mi tarjeta.

Quería seguir; pero su indignación le quitaba el aliento.

—¡Ah! — replicó el desconocido con negligencia; — Slammer: gracias, gracias por vuestra delicada atención; pero no estoy enfermo ahora. Cuando lo esté me dirigiré á vos.

—¡Vos!... sois un intrigante... un holgazán... un cobarde... un mentiroso... un... un... ¿os decidiréis á darme vuestra tarjeta?

—¡Ah! ya entiendo, — dijo el desconocido. — Ponche muy fuerte. La limonada es mucho mejor... habitaciones calientes... caballero de cierta edad... crueles dolores. Y dió algunos pasos.

—¿Vivís en esta casa, caballero? — exclamó el doctor furioso. — ¡Estáis beodo! Oiréis hablar de mí, caballero. Os encontraré, os encontraré.

—Mejor haréis en encontrar á vuestro lecho, — respondió impasible el desconocido.

El doctor Slammer le miró con una ferocidad inde-

cible, y al marcharse, se encasquetó el sombrero en la cabeza de una manera que indicaba su cólera.

El desconocido y Mr. Tupman subieron á la habitación para restituir el plumaje que habían quitado al inocente Winkle. Encontráronle profundamente dormido, y la restitución pudo hacerse con facilidad. El desconocido estaba muy decidido, y Mr. Tupman aturdido por el vino, por el ponche, por las luces, por la contemplación de tantas mujeres, miraba todo este asunto con excelente humor.

Después de la partida de su nuevo amigo, experimentó alguna dificultad en descubrir la abertura de su gorro de dormir; en sus esfuerzos para ponérselo en la cabeza, tiró la vela, y sólo por una serie de evoluciones muy complicadas, logró entrar en el lecho. A pesar de tantos accidentes, no tardó en quedarse dormido.

Apenas habían dado las siete del día siguiente, cuando el espíritu universal de Mr. Pickwick fué sacado del estado de torpeza en que el sueño lo había sumergido, por violentos golpes dados en la puerta.

—¿Quién es? — exclamó incorporándose en su lecho.

—El mozo, caballero.

—¿Qué queréis?

—¿Podréis decirme qué persona de entre las que os acompañan, tiene un vestido azul con botones dorados, que llevan las iniciales C. P.?

—Le habrán dado ese traje para cepillarlo, — pensó Mr. Pickwick, — y ha olvidado á quién pertenecía.

—Mr. Winkle, — dijo, la tercera habitación á la derecha.

—Gracias, caballero, — dijo el mozo, y pasó.

—¿Qué hay? — preguntó Mr. Tupman, oyendo llamar violentamente á su puerta.

—¿Puedo hablar á Mr. Winkle, caballero? — respondió el mozo.

—¡Winkle, Winkle! — exclamó Tupman.

—¡Eh! — respondió una débil voz que salía del lecho de la habitación inferior.

—Preguntan por vos... ahí en la puerta.

Y pronunciando con esfuerzo estas palabras, mister Tupman se volvió y se durmió inmediatamente.

—¿Qué me quieren? — dijo Winkle saltando de su lecho y vistiéndose rápidamente. — A tanta distancia de Londres, ¿quién diablos puede preguntar por mí?

—Un caballero, abajo, en el café, caballero. Dice que no os molestará sino un instante, caballero; pero no quiere esperar.

—Es particular, — replicó Winkle; — decid que ya voy.

Envolvióse en una bata, se puso una chalina alre-

dedor del cuello y bajó. Una vieja y dos mozos barrían la sala del café. Junto á la ventana estaba un oficial, que se volvió al sentir á Mr. Winkle, le saludó con aire severo, hizo retirar á los criados, cerró cuidadosamente las puertas, y dijo:

—Mr. Winkle, yo presumo...

—Sí señor; mi nombre es Winkle.

—Vengo, caballero, de parte de mi amigo el doctor Slammer, del 97 regimiento. Esto no debe sorprenderos.

—El doctor Slammer! — repitió Mr. Winkle.

—El doctor Slammer me ha encargado que os diga de su parte que vuestra conducta de ayer por la noche no era la de un caballero, y que un caballero no podía por lo tanto soportarla.

El estupor de Mr. Winkle era demasiado real y demasiado evidente para no ser notado por el emisario del doctor Slammer. Este continuó:

—Amigo mío, el doctor Slammer me parece que está convencido de que vos estuvisteis ébrio gran parte de la noche, y tal vez no pudistéis conocer la extensión del insulto de que habéis sido culpable. Me ha encargado que os diga que si queréis pleitear contra él como excusa de vuestra falta, admitirá en recibir una retractación dictada por mí y escrita por vos de puño y letra.

—Retractación escrita! — repitió de nuevo Mr. Winkle con el tono de la mayor sorpresa.

—De otra manera, — respondió friamente el oficial, — ya conocéis la alternativa.

—¿Os han encargado esa comisión para mí nominalmente? — preguntó Mr. Winkle, cuya inteligencia estaba singularmente desorganizada por esta conversación extraordinaria.

—Yo no estaba presente á la escena, y á consecuencia de haber vos rehusado dar vuestra tarjeta al doctor Slammer, me ha suplicado que buscara á la persona que llevaba un vestido singular, un vestido azul claro con botones dorados, en que se veía un busto y las letras C. P.

Mr. Winkle se admiró más al oír describir tan minuciosamente su propio vestido. El amigo del doctor Slammer continuó:

—En esta casa he sabido que el dueño de este vestido había llegado ayer con tres señores. He enviado á pedir informes al que parecía jefe de los tres, y este me ha encaminado á vos.

Si la pesada torre del camino de Rochester se hubiera repentinamente separado de sus cimientos y hubiera venido á ponerse enfrente de la ventana, la sorpresa de Winkle hubiera sido poca cosa, comparada con la que experimentó al oír las palabras del oficial. Su pri-

mera idea fué que le habían robado su vestido, y dijo á su interlocutor:

—¿Queréis tener la bondad de esperarme un instante, caballero?

—Con mucho gusto, — respondió el otro.

Mr. Winkle subió rápidamente la escalera, abrió con mano trémula el sacó de noche, y encontró en su sitio el vestido azul; pero examinándole con atención, se conocía que alguien se lo había puesto la noche anterior.

—Es verdad, — dijo Mr. Winkle dejando caer de sus manos el vestido. — Yo he bebido demasiado ayer después de la comida, y tengo una vaga idea de haber andado ayer por las calles y de haber fumado un cigarro. El hecho es que yo me le he puesto. Tal vez habré cambiado de vestido, habré estado en alguna parte, habré insultado á alguno... no lo dudo, y este mensaje es el terrible resultado.

Atormentado por estas ideas, bajó al café con la sombría resolución de aceptar el desafío del valiente doctor y de sufrir las terribles consecuencias.

Movíale á esta resolución diversas consideraciones. La primera de todas era el sostener su reputación en el Club. Habíasele considerado siempre como competente autoridad en materias de ejercicio corporal, ya fuera ofensivo ya defensivo. Si en aquella ocasión y á la vista de su jefe retrocedía, su posición en la Sociedad estaba perdida para siempre. En segundo lugar, se acordaba de haber oído decir (por los que no están iniciados en esta clase de misterios) que los testigos se ponen de acuerdo ordinariamente para no poner balas en las pistolas. En fin, pensaba que eligiendo á Mr. Snodgrass por segundo y pintándole con vivos colores el peligro, este caballero lo participaría á Mr. Pickwick, el cual, seguramente, se apresuraría á informar á las autoridades locales, por temor de ver muerto ó estropeado á su compañero.

Habiendo calculado todas estas probabilidades, volvió á la sala del café y declaró que aceptaba el desafío del doctor.

—¿Queréis indicarme uno de vuestros amigos, para arreglar la hora y el lugar de la cita? — dijo amablemente el oficial.

—Es inútil; decid la hora y el sitio, y yo llevaré conmigo el testigo.

—Pues bien, respondió el oficial con tono indiferente. — Esta tarde, si os parece al ponerse el sol.

—Muy bien, — respondió Winkle, diciendo en su interior que era muy mal.

—¿Conocéis el puente Pitt?

—Sí, ayer le he visto.

—Tomáos la molestia de entrar en el campo que rodea el foso, seguid la vereda á la izquierda, cuando lleguéis á un ángulo de las fortificaciones, y caminad derecho hasta que me veáis; me seguiréis entonces y os conduciré á un sitio solitario, donde se podrá resolver la cuestión sin miedo á que sea interrumpida.

—¡Sin que sea interrumpida! — pensó mister Winkle.

—¿No tenemos más que arreglar?

—Nada más.

—Entonces, hasta la vista.

—Hasta la vista.

Y el oficial se marchó aprisa, silbando una contradanza.

El almuerzo de aquel día pasó tristemente por nuestros viajeros. Mr. Tupman, después de los inusitados desórdenes de la noche anterior, no estaba en disposición de levantarse. Mr. Snodgrass pareció experimentar una poética depresión de espíritu.

Mr. Pickwick mostraba un amor no acostumbrado al agua de seltz y al silencio. Mr. Winkle buscaba una ocasión propicia para hablar á su testigo.

Esta ocasión no tardó en presentarse. Mr. Snodgrass propuso visitar el castillo, y como Mr. Winkle era el único individuo de la sociedad que estaba dispuesto á hacer una excursión, salieron juntos.

—Snodgrass, — dijo Winkle cuando hubieron vuelto la esquina; — Snodgrass, mi querido amigo, ¿puedo contar con vuestra discreción?

Al hablar así Winkle deseaba no contar con la discreción de su amigo.

—Podéis contar con ella, — dijo Snodgrass. — Yo juro...

—No, no, — interrumpió Winkle, — espantado de la idea de que su amigo pudiera hacer inocentemente juramento de no denunciarle. — No juréis, no juréis, no es necesario.

Mr. Snodgrass dejó caer la mano que instintivamente había elevado al cielo, y tomó una actitud de atención.

—Mi querido amigo, — dijo entonces Winkle, — tengo necesidad de vuestra ayuda para un asunto de honor.

—La tendréis, — dijo Snodgrass estrechando la mano de su amigo.

—Con un doctor, el doctor Slammer, del 97 regimiento, — añadió Winkle, deseando dar á la cosa la mayor apariencia de solemnidad y verosimilitud. — Un asunto con un oficial, siendo testigo otro oficial. Esta noche al ponerse el sol, en un campo solitario, más allá del castillo de Pitt.

—Contad conmigo, — respondió Snodgrass con admiración, pero sin inmutarse.

En efecto, nada es más digno de notarse que la frialdad con que se interviene en estos asuntos, especialmente cuando no se tiene parte principal en ellos. Mr. Winkle había olvidado esto y había juzgado por los suyos los sentimientos de su compañero.

—Las consecuencias pueden ser terribles, — dijo mister Winkle.

—Espero que no.

—El doctor es, á lo que creo, un gran tirador.

—La mayor parte de los militares lo son, — observó Mr. Snodgrass con calma; — ¿pero vos no lo sois también?

Mr. Winkle respondió afirmativamente; pero notando que no había alarmado lo bastante á su amigo, cambió de batería.

—Snodgrass, — dijo con voz trémula de emoción, — si yo sucumbo, encontraréis en mi cartera una carta para mi... padre.

Este ataque no dió mejor resultado. Mr. Snodgrass se conmovió un poco, pero se comprometió á entregar la carta, tan fácilmente como si toda su vida hubiera ejercido el cargo de cartero.

—Si muero, — continuó Winkle, ó si el doctor muere, vos, mi querido amigo, seréis juzgado como cómplice premeditado. Voy á exponer á un amigo al destierro... quizá para toda su vida.

Al principio Snodgrass vaciló, pero su heroísmo fué invencible.

—En caso de amistad, — exclamó con entusiasmo, — desafío todos los peligros.

Sabe Dios cómo maldijo interiormente nuestro dueña el aspecto de su amigo. Anduvieron silenciosamente un buen rato, sumergidos los dos en profundas meditaciones. La mañana pasaba, y Mr. Winkle sintió que se perdían las esperanzas de salvación.

—Snodgrass, — dijo deteniéndose de repente, — no vayáis á denunciarme ante las autoridades locales: no pidáis gente de policía para impedir el duelo: no os aseguréis de mi persona ó de la del doctor Slammer del 97 regimiento, que actualmente está de guarnición en el cuartel Chatam. No tengáis prudencia para impedir el duelo, os lo ruego.

Mr. Snodgrass apretó calurosamente la mano de su compañero, y exclamó con entusiasmo:

—No; ¡por nada del mundo!

Un escalofrío hizo temblar el cuerpo de Mr. Winkle, cuando vió que no podía esperar nada del miedo de su amigo, y que estaba irrevocablemente destinado á ser

una criba viviente.

Cuando hubo contado formalmente á Mr. Snodgrass los detalles del asunto, entraron en casa de un armero. Alquilaron una de esas cajas de pistolas, destinadas á dar y recibir *satisfacción*, tomaron una cantidad *satisfactoria* de pólvora, balas y cápsulas; después volvieron á la fonda, Mr. Winkle para reflexionar en la lucha que iba á emprender; Mr. Snodgrass para arreglar las armas de guerra, y ponerlas en estado de servir inmediatamente.

Cuando salieron de nuevo para su desagradable empresa, se acercaba la noche, triste y pesada. Mr. Winkle, por miedo á ser observado, se envolvió en su capa; mister Snodgrass llevaba bajo la suya los instrumentos de destrucción.

—¿Traéis todo lo necesario? — dijo Winkle en tono agitado.

—Todo lo necesario. Una gran cantidad de municiones para el caso de que yerren los primeros tiros. Tengo un cuarterón de pólvora, en la caja y dos periódicos en el bolsillo para hacer tacos.

Estas eran pruebas de amistad á que Winkle no podía menos de estar reconocido. Probablemente la gratitud de Mr. Winkle era muy grande para que pudiera expresarla, porque continuó andando lentamente, sin decir palabra.

—Llegamos á la hora justa, — dijo Snodgrass, pasando la cerca del primer campo. — Ya el sol se oculta en el horizonte.

Mr. Winkle miró el disco que descendía, y pensó dolorosamente en las probabilidades que tenía de no volver á ver.

—Aquí está el oficial, — exclamó un momento después.

—¿Dónde? — dijo Mr. Snodgrass.

—Allí, aquel caballero de capa azul.

Los ojos de Snodgrass siguieron la indicación de su compañero, y vieron una figura alta, que hizo unos signos con la mano, y continuó andando. Nuestros dos amigos le siguieron lentamente.

La noche se hacía cada vez más oscura. Un viento melancólico retumbaba en los campos desiertos. Diríase que era el lejano silbido, de un gigante que llamaba á su perro. La tristeza de esta escena comunicaba una expresión lúgubre al alma de Pickwick. Al pasar por el ángulo del foso, se estremeció: parecióle que veía una tumba colosal.

El oficial dejó de repente el sendero, y después de haber trepado por una empalizada, entró en un campo apartado. Dos hombres lo esperaban allí. El uno era un

hombrecillo gordo, de cabellos negros; el otro, grande y hermoso, tenía un ancho redingote y estaba sentado en una silla de tijera, con una severidad perfecta.

—Aquí están, con un cirujano, — dijo Mr. Snodgrass. — Tomad un poco de aguardiente.

Mister Winkle tomó con avidez la botella que le ofrecía su compañero, y tragó un sorbo del líquido fortificante.

—Mi amigo Mr. Snodgrass — dijo Winkle, presentándole al oficial, que se acercaba.

El subalterno del doctor Slammer saludó, sacando una caja semejante á la de Mr. Snodgrass.

—Pienso que no tenemos más que hablar, caballero — dijo abriendo su caja. — Ha sido obstinadamente rehusada la retractación.

—No enteramente — dijo Snodgrass, que empezaba á sentirse incómodo.

—¿Queréis que midamos el terreno? — dijo el oficial.

—Sin duda — replicó Snodgrass.

Cuando midieron el terreno y se arreglaron los preliminares, el oficial dijo á Mr. Snodgrass:

—Os parecerá que estas pistolas son mejores que las vuestras. No me las habéis visto cargar. ¿Os oponéis á que se tire con ellas?

—No, ciertamente — repuso Snodgrass.

Esta oferta le sacaba de un gran embarazo, porque sus ideas acerca del modo de cargar una pistola eran un poco confusas.

—Entonces pienso que ya podemos colocar á los adversarios — continuó el oficial con tanta indiferencia como si se tratara de una partida de ajedrez.

El oficial se dirigió al doctor Slammer, mientras mister Snodgrass se acercaba á Mr. Winkle.

—Todo está pronto — dijo, ofreciéndole una pistola.

—Dadme vuestra capa.

—Tenéis mi cartera, querido amigo — dijo el pobre Winkle.

—Todo va bien. Tened calma y apuntad al hombro.

Mr. Winkle notó que este consejo se parecía mucho al que los espectadores dan invariablemente en la calle á los muchachos que riñen. «Ponle debajo y tenle firme». ¡Admirable consejo, si fuera posible ejecutarlo! De cualquier manera que sea, él se quitó su capa y tomó la pistola. Los testigos se apartaron y los beligerantes se acercaron el uno al otro.

Mr. Winkle había sido siempre notable por su extremada humanidad. De suponer es que en aquella ocasión, la repugnancia que sentía de hacer daño intencionadamente á un semejante, le hizo que cerrara los ojos al sitio fatal, y esta circunstancia le impidió notar

la inexplicable conducta del doctor Slammer. Este caballero, al llegar frente á Mr. Winkle, se estremeció, abrió desmesuradamente los ojos, se restregó los párpados, abrió de nuevo los ojos, y exclamó finalmente:

—¡Deteneos! ¡deteneos!

—¿Qué quiere decir esto? — continuó cuando su amigo y Mr. Snodgrass llegaron corriendo. — Este no es mi hombre.

—¿Que no es este? — exclamó el subalterno del doctor Slammer.

—¿Que no es este? — dijo Mr. Snodgrass.

—¿Que no es este? — dijo el del redingote.

—Seguramente no — respondió el doctor. — No es la persona que me insultó anoche.

—¡Es singular! — dijo el oficial.

—¡Singularísimo! — repitió el caballero alto; — pero es fácil de arreglar. El caballero que se encuentra actualmente sobre el terreno, ¿no debe ser considerado en la forma como el mismo individuo que insultó anoche á nuestro amigo?

Y al sugerir esta idea nueva, con aire misterioso, tomó un polvo de tabaco y miró en derredor suyo, con la profundidad del que está acostumbrado á ser considerado como una autoridad.

Mr. Winkle había abierto sus ojos y sus orejas cuando oyó que su adversario pedía una cesación de hostilidades. Conociendo, por lo que oyó, que había habido un error de personas, comprendió de un golpe cuánto debía aumentarse su reputación si ocultaba los motivos reales que le habían inducido á batirse. Se adelantó osadamente y dijo:

—Ya sé que no soy yo el adversario del señor.

—Entonces — dijo el hombre de la silla de tijera, — este encuentro es ya un motivo para continuar.

—Tranquilizaos, Payne — interrumpió el subalterno del doctor; y dirigiéndose á Mr. Winkle, le dijo:

—¿Por qué no me habéis dicho esto esta mañana?

—Es claro, es claro — exclamó con indignación el hombre de la silla de tijera.

—Os suplico que os calméis, Payne — dijo el otro. — ¿Puedo repetir mi pregunta, caballero?

—Porque — dijo Mr. Winkle, que había tenido tiempo de deliberar su respuesta, — porque vos me habéis dicho que el individuo en cuestión estaba vestido con un traje que yo tengo el honor, no solamente de llevar, sino de haber inventado. Es el uniforme proyectado del Club Pickwick de Londres. Yo me creí obligado á sostener el honor de mi uniforme, y por este motivo, sin más informaciones, me decidí á aceptar el desafío.

—Señor mío — dijo el pequeño doctor tendiéndole

la mano, — hago justicia á vuestro valor. Permitidme añadir que admiro extremadamente vuestra conducta, y que siento mucho haberos molestado inútilmente.

—Os suplico que no me habléis de eso — respondió Mr. Winkle con urbanidad.

—Tengo mucho honor, caballero, en conoceros — continuó el doctor.

—Y yo, caballero, tengo el mayor placer en conoceros — replicó Winkle.

Y acto continuó estrechó la mano del doctor, la mano de su subalterno, la del oficial Tappleton, la del hombre de la silla de tijera, y al fin la mano de Snodgrass, cuya admiración era excesiva por la noble conducta de su heroico amigo.

—Pienso que podemos retirarnos ahora — dijo el oficial Tappleton.

—Es verdad — dijo el doctor.

—A menos — dijo el de la silla de tijera, — á menos que Mr. Winkle no se encuentre ofendido por la provocación que ha recibido. Si así es, confieso que tiene derecho á una satisfacción.

Mr. Winkle, con grande abnegación de su yo, declaró que estaba enteramente satisfecho.

—Tal vez — dijo el otro — tal vez el testigo de este caballero se habrá creído personalmente ofendido por los observaciones que hice al principio del encuentro. En tal caso, yo le daría una satisfacción inmediatamente.

Mr. Snodgrass se apresuró á declarar que agradecía al caballero la amable oferta que le hacía. La única razón que le impedía usar de ella era que estaba muy satisfecho de la manera como había terminado el asunto.

Habiéndose terminado tan felizmente el duelo, los testigos arreglaron sus cajas y dejaron el campo, con mucha más alegría de la que trajeron.

—¿Permaneceréis aquí mucho tiempo? — preguntó el doctor Slammer á Mr. Winkle, mientras andaban amistosamente el uno al lado del otro.

—Creo que partiremos mañana.

—Tendré mucho gusto en que después de esta ridícula equivocación, quisierais hacerme el honor de venir esta noche á mi casa acompañado de vuestro amigo. ¿Estáis convidado?

—Tenemos muchos amigos en el hotel del Toro, y no quisiera abandonarlos hoy. Pero nos complaceremos mucho en que traigáis á esos caballeros para pasar la noche con nosotros.

—Con mucho gusto. ¿Será tarde á las diez para hacer una visita de media hora?

—No, señor, no. Tendré un gran placer en presenta-

ros á mis amigos Mr. Pickwick y Mr. Tupman.

— ¡Cuánto me complace! — exclamó el doctor, no sospechando que conocía á Mr. Tupman.

— ¿Vendréis sin falta? — preguntó Snodgrass.

— Sin falta.

Al decir esto habían llegado al camino. Despidiéronse cordialmente, y mientras el doctor y sus amigos se dirigieron al cuartel, Mr. Winkle y Mr. Snodgrass entraron muy contentos en la fonda.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CAPÍTULO III
"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
Nuevos personajes. — Historia de un clown. — Una interrupción desagradable y un mal encuentro.

Mr. Pickwick estaba algo inquieto al notar que se prolongaba la ausencia de sus dos amigos y al recordar la conducta misteriosa que habían observado durante la mañana. Levantóse á recibirlos con verdadero placer, y con interés poco ordinario les preguntó la causa de haberse detenido tanto tiempo. En respuesta á esta pregunta iba Mr. Snodgrass á hacer la historia de las circunstancias que acabamos de relatar, cuando notó que entre Mr. Tupman y su compañero de viaje había en la sala un nuevo desconocido, de una apariencia igualmente singular. Era un hombre envejecido por los disgustos, cuya faz cóncava, de pómulos salientes y ojos brillantes, aunque hundidos, parecía más notable aun por los cabellos negros y lacios que caían en desorden sobre su cuello. Su mandíbula era tan larga y tan flaca que se hubiera podido creer que retiraba expresamente sus mejillas por una contracción de los músculos, si la expresión inmóvil de sus facciones y de su boca no hubieran hecho ver que aquella era su fisonomía habitual. Su cuello estaba rodeado de una chalina verde, cuyas largas puntas le caían sobre el pecho, y se percibían al través de la usada botanadura de un viejo chaleco. En fin, llevaba un largo gabán negro, un pantalón de paño basto, y botas que se caían á pedazos.

Los ojos de Mr. Snodgrass se fijaron en este personaje estrambótico, y Mr. Pickwick que lo notó, dijo extendiendo la mano hacia aquel lado:

— Un amigo de nuestro nuevo amigo. Hemos descu-

bierto esta mañana que nuestro amigo está contratado en el teatro de este pueblo, aunque él desea que esta circunstancia no sea enteramente conocida. Este caballero es un individuo de la misma profesión, é iba á contarnos una pequeña anécdota cuando vosotros entrasteis.

— Masa de anécdotas — dijo el desconocido del día anterior, acercándose á Mr. Winkle y hablándole en voz baja; — singular bribón, no es autor... hace las utilidades, hombre extraño... toda clase de miserias. Le llamamos Jenny el Lúgubre.

Mr. Winkle y Mr. Snodgrass saludaron políticamente al personaje que tan elegante nombre llevaba, y sentándose alrededor de la mesa, pidieron agua y aguardiente, imitando á los demás de la reunión.

— Ahora, caballero — dijo Mr. Pickwick, — ¿queréis hacernos el gusto de empezar vuestro relato?

El individuo lúgubre sacó de su bolsillo un rollo de papeles sucios, y volviéndose hacia Mr. Snodgrass, que acababa de sacar su libro de memorias, le dijo con voz hueca, perfectamente en armonía con su exterior:

— ¿Sois vos el poeta?

— Yo... yo me ejercito un poco en ese género — respondió Mr. Snodgrass, ligeramente desconcertado por lo brusco de la pregunta.

— ¡Ah! la poesía es en la vida lo que la luz y la música en el teatro. Despojad á éstos de sus embebecimientos y á aquellas de sus ilusiones, ¿y qué queda en los dos de real é interesante?

— Es verdad, caballero — contestó Snodgrass.

— Sentado delante de los quinqués, vos formáis parte del círculo real; admiráis los vestidos de seda de la brillante muchedumbre. Os quedáis entre bastidores, y sois el pueblo que fabrica aquellos vestidos; gentes desconocidas y despreciadas que pueden caer y levantarse, vivir y morir, como quiera la fortuna, sin que ninguno se inquiete por eso.

— Ciertamente — respondió Snodgrass.

La mirada profunda del hombre lúgubre estaba fija en él, y sentía la necesidad de decir alguna cosa.

— Vamos, Jemmy — dijo el desconocido, — animaos... nada de graznidos... tomad un tono más amable.

— ¿Queréis preparar otro vaso antes de empezar? — dijo Mr. Pickwick.

El hombre lúgubre aceptó la oferta, mezcló un vaso de agua con aguardiente, bebió con lentitud la mitad, desarrolló su cuaderno y comenzó á leer y á contar alternativamente los sucesos que se van á leer, y que hemos encontrado en los archivos del Club, con el título de *Historia de un clown*.